

Si no llegas a las estrellas, quédate en las nubes

J. A. MARTÍN — PEREDA

El verano parece que ha sido este año, para muchos, como un largo fin de semana en el que sólo se han recargado levemente las pilas y se ha continuado con lo mismo que se hacía antes; sin apenas variación, casi sin altibajos.

En otras ocasiones, los meses de estío significaban una especie de olvido de lo anterior y un jalón para iniciar actividades nuevas. En los meses de junio y julio se hacía algo así como una "liquidación por inventario" y, después de agosto, se iniciaba la "nueva temporada". Este año no ha sido así.

Los problemas que existían en la primavera se han mantenido e, incluso, la canícula les ha dado un especial vigor. La economía, los conflictos regionales y étnicos, los asuntos pendientes, todo sigue igual y ha vuelto a donde estaba antes del verano.

Se ha vuelto, incluso, a situaciones que desde hace muchos años no asomaban a las noticias de los medios de información porque lo usual era que todo saliera de acuerdo con lo previsto. Y es que, desde hace algún tiempo, esa situación, de que lo planificado fuera saliendo, ha dejado de ser costumbre y se ha retornado a lo que estábamos acostumbrados en un pasado no muy lejano.

En cierta manera, a los de este lado de los Pirineos no nos pilla tan desprevenidos como a los de otras latitudes, porque tenemos alguna experiencia en ello. O al menos eso es lo que cuenta la tradición.

Me estoy refiriendo, entre otras cosas, al fallo de la nave *Mars Observer*. Como ha aparecido reiteradamente en noticiarios de radio y televisión y artículos de prensa, hace unos días se perdió el contacto con ella y ha sido imposible recuperarlo.

Todos los resultados que esperaban de sus observacio-

nes han quedado así tan vacíos como el entorno en el que se debe encontrar ahora la nave.

La razón del fallo no la sé con certeza pero, a la luz de lo publicado, parece que el motivo ha sido o una soldadura mal hecha o un transistor defectuoso. El defecto en cuestión impidió que el sincronismo del reloj se pusiera en marcha y con ello desapareció la posibilidad de enlazar con la Tierra. Es posible que haya habido algo más, no lo sé.

Lo importante es el tipo de error que, aparentemente, se ha cometido. No se ha tratado del funcionamiento erróneo de un componente altamente sofisticado y de tecnología punta, o de alguna instrucción incorrecta del programa que gobierna alguna parte de su control, no. Parece que se trata de uno de los fallos más simples y que, en el montaje de cualquier producto de calidad media tirando a baja, no podría tolerarse. Si eso hubiera pasado en alguno de los países que está en la mente de todos, hubiéramos adjudicado el fallo a su proverbial amor por la chapuza.

Pero la NASA siempre habíamos creído que era otra cosa. La NASA era uno de los emblemas de la más alta tecnología y de la meticulosidad en grado sumo. Por lo que vemos ahora, sumado a lo que ocurrió hace unos años con el *Challenger*, el poseer esa alta tecnología puede no ser suficiente.

El espacio, en cualquier caso, parece que no vive una de sus horas más gloriosas. Todos recordamos el fallo, hace algunos meses, del célebre telescopio "miope" que se mandó para ver lo que pasaba a lo lejos y, el pobre, no veía más allá de un palmo de distancia. Parece que ahora van a intentar ponerle el equivalente a lo que en una persona sería "unas lentillas nuevas". Espe-

remos que ahora ya le hayan graduado bien la vista.

De todo lo anterior se pueden extraer un conjunto bastante amplio de lecciones. La primera es que la posesión de una tecnología altamente sofisticada, en un determinado momento, no implica que se vaya a seguir teniendo, de manera indefinida, en los años venideros, ese mismo nivel tecnológico.

La segunda es que depositar una confianza ciega en lo que se cree poseer, impide advertir la necesidad de cuidarlo. Parece que sólo con saber que se tiene no hace falta más. Que todo saldrá igual que siempre había salido. Y, evidentemente, esto no es así.

Una tercera es que, a veces, el intentar dar golpes de efecto para conseguir más fondos, cuando éstos van menguando, puede volverse en contra del que los da. Puede ser más efectivo ir pasito a pasito, que pretender dar una gran zancada. Desgraciadamente, en ocasiones se piden grandes avances, que sean notorios a corto plazo, y eso suele ser incompatible con la verdadera tecnología.

Finalmente, y ya como última consideración, surge la duda básica de la fe en la tecnología más sofisticada. Si, en este caso, el fallo se ha debido, como dicen, a algo que, teóricamente, es tan elemental como un simple transistor, ¿puede tenerse fe en algo mucho más complejo, si de ese algo van a depender, por ejemplo, las vidas de una serie de personas?

Creo que hay muchas cosas que deben aprenderse de este caso. Lo malo es que, como bien sabemos todos porque todos lo practicamos de continuo, nunca se escarmienta en cabeza ajena y "esas cosas" sólo les pasan a "los otros".

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.